

XIV. — LOS PANTANOS

AL día siguiente se averiguó que había habido dos explosiones casi simultáneas, una debajo de cada escalera. Los dos nihilistas, sintiéndose descubiertos y vigilados por Ermolai, se lanzaron silenciosamente sobre él cuando pasaba volviéndoles la espalda. Con un lazo le habían estrangulado limpiamente; luego se separaron para acechar cada uno por su lado las salidas del piso primero, creyendo que Kuprian y Feodoro se decidirían a bajar.

A la sazón la quinta de las Islas era una ruina humeante. Sin embargo, a causa de que las *bombas vivientes* habían estallado con separación, el efecto destructivo disminuyó mucho, y si bien hubo muchos heridos, como en el atentado de la quinta Stolypine, por lo menos no hubo ningún muerto, fuera de los dos nihilistas, de los cuales sólo se encontraron algunos despojos.

Rouletabille fué lanzado al jardín, y tuvo la suerte de poder levantarse medio acogotado, pero sin un rasguño. El grupo de Feodoro y sus amigos fué extrañamente protegido por la ligereza misma de la construcción. La escalera de hierro, que en cierto modo sólo estaba suspendida entre los dos pisos, se levantó bajo ellos y se derribó sobre ellos, rompiéndose en mil pedazos, pero después de ha-

berlos preservado del primer efecto de la bomba, y fueron extraídos de entre los escombros sin heridas mortales. Kuprian sacó una mano chamuscada; Atanasio tenía la nariz y las mejillas *en pepitoria*; Iván Petrovitch perdió una oreja; el que quedó más estropeado fué Tadeo Tchichnikof, que se rompió ambas piernas. Cosa extraordinaria; la primera persona que apareció levantándose en medio de los escombros, fué Matrena Petrovna, que sostenía a Feodoro en brazos. Sólo había sufrido algunas quemaduras, y el General, más que nunca favorecido por su buena estrella de militar afortunado con quien la muerte nada quería, no tenía absolutamente nada. Feodoro lanzaba aullidos de gozo. Hubo que hacerle callar, porque al fin en torno suyo algunos de sus amigos estaban bien quebrantados, sin contar con que el pobre Ermolai había muerto. Si en el sótano los criados quedaron más peligrosamente heridos, quemados y magullados, fué porque la fuerza de la explosión se hizo sentir principalmente abajo, circunstancia que tal vez había salvado a los de arriba.

Como las demás víctimas, Rouletabille fué trasportado a una quinta vecina; pero inmediatamente que sacudió aquella horrible pesadilla se escapó. Sinceramente lamentaba no haber muerto. En verdad, *los acontecimientos se le adelantaban*. Se acusaba de aquel desastre. ¡Con qué ansiedad se informó del estado de *sus víctimas*! Feodoro Feodorovitch no estaba herido; pero deliraba, pronunciando veinte veces por minuto el nombre de Natacha, que no había reaparecido. Rouletabille la había creído inocente. ¿Sería culpable?

—¡Ah! ¡Si ella hubiese querido! ¡Si hubiera tenido confianza—exclamaba el joven elevando al cielo las manos suplicantes,—nada de esto habría pasado! ¡No hu-

bieran atentado, ni volverían a atentar nunca contra la vida de Trebassof! Porque no me he equivocado afirmando delante de Kuprian que la vida del General estaba en mis manos, y tenía el derecho de decirle: “¡Vida por vida! ¡Dame la de Mataiew, y yo te daré la del General!” Y he aquí que una vez más han intentado matar a Feodoro Feodorovitch, y es por culpa de Natacha—¡lo juro!,—de Natacha, que no ha querido escucharme. ¿Será, pues, culpable, Dios mío?

Así departía Rouletabille con la Divinidad, porque no esperaba ningún socorro de la Tierra.

Inocente o culpable, ¿dónde estaba Natacha? ¿Qué hacía? ¡Ah! ¡Saber esto, saber si se había equivocado o tenía razón; y *si se había equivocado, desaparecer, morir!*

Así gemía el desdichado Rouletabille a orillas del Neva, no lejos de los escombros de la pobre quinta, donde los joviales amigos de Feodoro Feodorovitch no volverían a celebrar alegres cenas. Así monologaba el repórter, cuya cabeza era un volcán.

De pronto volvió a encontrar el rastro de la joven, rastro perdido la víspera, abandonado en el momento de la huida, *después de la escena del veneno y antes de la explosión*. ¿No era aquello una terrible coincidencia? Porque al fin la escena del veneno pudiera no haber sido más que una preparación del atentado final, el pretexto para la llegada de los dos médicos trágicos. ¡Ah, Natacha, Natacha; misterio vivo, rodeada ya de tantos muertos!

No lejos de lo que quedaba de la quinta, Rouletabille adquirió bien pronto la certidumbre de que una pequeña banda había estado allí la víspera por la noche, procedente del bosque inmediato, al cual volvió. Si con relativa facilidad podía descubrir todavía las huellas del día antes,

era porque precisamente a causa del atentado habían guardado los alrededores de la quinta tropas y policías encargadas de alejar a la curiosa multitud. Miraba atentamente las hierbas, los helechos, las ramas pisoteadas y rotas: con toda seguridad, allí había habido una lucha. En un estrecho calvero se veían perfectamente en la tierra blanda las señales de las botinas de Natacha en medio de bastos zapatonos.

Rouletabille prosiguió sus investigaciones con el corazón cada vez más oprimido. Tenía como la sensación de que se hallaba a punto de descubrir una nueva desgracia. Las huellas se perdían bajo las ramas, siempre hacia el lado del Neva. En un matorral encontró un jirón de tela blanca, y le pareció que allí se había librado una verdadera batalla. Algunas ramas arrancadas yacían sobre la hierba. Avanzó más adelante, y muy cerca del río, examinando el suelo, *donde ya no se marcaban huellas de las botinas*, comprendió que la mujer había sido arrebatada, y conducida en una barca cuyo amarre todavía era visible en la ribera.

—¡Se han llevado a Natacha!—exclamó lleno de angustia.—¡Desdichado de mí! ¡Todo esto es por mi culpa! ¡Por mi culpa, por mi culpa! ¡Quieren vengar la muerte de Miguel Nikolaievitch, de la cual creen responsable a Natacha, y se la han llevado!

Sus ojos buscaron una embarcación en la ancha corriente del río. El río estaba desierto. No se veía ni una vela; no había una barquilla visible sobre las olas dormidas. “¡Ah! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—repetía.—¡Es preciso que la salve!”

Continuó su carrera a lo largo del río. ¿Quién podría darle algún informe útil? Se acercó a una pequeña chabola habitada por un guarda. Aquel guarda estaba en actitud de hablar bajo a un oficial. El guarda podía haber notado algo

en el río la víspera por la noche. Aquel brazo del río casi siempre estaba desierto a aquellas horas, y ciertamente debía de haber sido notada una barca que durante el crepúsculo se deslizara entre sus orillas. Rouletabille exhibió al guarda el papel que le había dado Kuprian, y por medio del oficial (que precisamente era un oficial de policía) le hizo varias preguntas. En efecto; habían despertado la curiosidad del guarda las idas y venidas de una ligera embarcación, que después de haber desaparecido un instante en un recodo del río, volvió a fuerza de remos, y atracó a un *cúter* que bordeaba la entrada del golfo. Era uno de esos *cúters* elegantes y rápidos que se ven en las regatas de Lachka... ¡Lachka! ¡La bahía de Lachka! Esta palabra fué un rayo de luz para el repórter, que inmediatamente recordó el consejo de Gounsovski: “¡Vigilad la bahía de Lachka, y me diréis si seguís creyendo en Natacha!” Cuando decía esto, Gounsovski de seguro sabía ya que Natacha se había embarcado con algunos compañeros nihilistas; pero, evidentemente, ignoraba que los había acompañado *por fuerza*.

¿Era demasiado tarde para salvar a Natacha? En todo caso, antes de morir Rouletabille lo intentaría todo, como si fuera tiempo todavía para salvarla a ella por lo menos. Corrió a la Barca, cerca de la Punta.

Con voz firme requirió al bote del restaurant flotante, donde gracias a él se había estrellado la impotencia de Kuprian. Se hizo conducir más allá de Staraia-Derewnia, y saltó al sitio donde algunas horas antes había visto desaparecer a la pequeña Catalina. Se hundió en el fango, y trepó de rodillas la pendiente de una calzada que seguía a la ribera. Aquella ribera conducía a la bahía de Lachka, no lejos de la frontera de Finlandia.

A la izquierda de Rouletabille estaba el mar, el inmenso

golfo de olas descoloridas; a la izquierda, la podredumbre de los pantanos. Un agua estancada que se perdía en el horizonte, hierbas y cañas, una extraordinaria confusión de plantas acuáticas, de pequeños estanques, cuyo verdoso cristal no se rizaba ni aun bajo la brisa del largo, aguas pesadas y fangosas. En la estrecha lengua de tierra proyectada entre pantano, cielo y mar, avanzaba, avanzaba tropezando, pero sin fatiga, con la mirada fija en el desierto mar. De pronto un ruido singular le hizo volver la cabeza. Al principio no vió nada: oía a lo lejos un inmenso chapoteo, a la vez que una especie de vapor se elevaba por encima de los pantanos; luego notó que más cerca de él ondulaban las altas hierbas pantanosas; por último, se dió cuenta de que por el fondo del pantano corrían innumerables rebaños; escuadrones de bestias cuyos cuernos rígidos como bayonetas se atropellaban para llegar más pronto a tierra firme. Muchas de ellas nadaban, y acá y allá en los lomos de algunas iban hombres completamente desnudos, cuyos cabellos les caían por los hombros o flotaban detrás de ellos a manera de crines. Lanzaban gritos de guerra, y blandían garrotes. Rouletabille se detuvo ante aquella prehistórica visión. Nunca había imaginado que a pocos kilómetros de la perspectiva Newsky le hubiera sido dado asistir a semejante espectáculo. Aquellos salvajes no llevaban ni siquiera un cinturón. ¿De dónde venían con sus rebaños? ¿De qué extremo del mundo o de la Historia procedían? ¿Qué nueva invasión era aquella? ¿Qué prodigiosos mataderos esperaban a aquellas hordas galopantes? Armban en los pantanos un estruendo de tormenta. Allí había mil grupas que ondulaban como un océano a la aproximación del huracán. Los hombres completamente desnudos saltaron al camino, levantaron los garrotes, y lanzaron gritos guturales, comprendidos por los rebaños, que salieron

de los pantanos y resoplaban corriendo hacia la ciudad, dejando tras sí una nube pestilente que formaba como un nimbo en torno de los hombres desnudos y de larga cabellera. Era magnífico y terrible. Para no ser arrastrado por la tromba, Rouletabille se encaramó a una gran piedra que se erguía en el camino, y allí permaneció como petrificado él mismo. Por último, cuando los bárbaros hubieron pasado, bajó; pero el camino había quedado convertido en una inmunda cloaca.

Por fortuna, detrás de sí oyó el ruido de un carro. Era una *telega*. La *telega* es un vehículo primitivo que se compone de dos tabloncillos tendidos a lo largo sobre dos ejes, en los cuales se encajan cuatro ruedas. En ella iba de pie un hombre, a quien Rouletabille entregó un billete de tres rublos. El repórter montó a su lado en los tableros, y los dos caballitos finlandeses, cuyas crines colgaban hasta el barro, partieron con la ligereza del viento. Para tales caminos hacen falta tales coches; pero los viajeros necesitan sólidos riñones. El periodista no sentía nada: miraba al mar hacia la bahía de Lachtka. El vehículo llegó por fin a un puente de madera al borde de una lívida ensenada, durante un crepúsculo tristón. Rouletabille saltó a la playa, y el rústico carruaje se alejó hacia Sestroriesk. Aquel sitio desierto y tétrico como su pensamiento era el que debía vigilar. "¡Vigilad la bahía de Latchka!" El repórter no ignoraba que aquella llanura desolada, aquellos pantanos impenetrables, aquel mar que ofrecía en la fuga los innumerables refugios de sus *fiords*, siempre habían sido propicios a las aventuras nihilistas. Por San Petersburgo corrían cien leyendas relativas a los misterios de los pantanos de Lachtka, y esto era suficiente para reanimar su última esperanza. Tal vez pudiera sorprender a algunos revolucionarios, con los cuales hablaría de Natacha tan prudente-

mente como fuera posible. Acaso volviera a ver a la joven. Sin duda, Gounsovski no le había hablado en vano.

Entre las ciénagas Lachtzinsky y la playa, en el límite de las florestas que van hasta Sestroriesk, distinguió una casita de madera cuyos muros estaban pintados de rojo oscuro, y de verde el techo. Ya no era la *isba* rusa, sino más bien la *touba* finlandesa. Sin embargo, un letrado en ruso anunciaba que se trataba de un restaurant. El joven no tuvo que dar más que unos cuantos pasos para trasponer la puerta de aquella rústica morada. No había en ella ningún cliente. Un viejecillo de lengua barba gris y con anteojos, que debía de ser el dueño del establecimiento, hallábase de pie detrás del mostrador, vigilando los *zakouskis*. Rouletabille escogió algunos pastelillos, que depositó en un plato. Tomó una botella de *pivo*, y dió a entender al hombre que comería con gusto, si por ventura era posible, una buena sopa humeante de *tchi*. El otro hizo signos de que había comprendido, y le llevó a la pieza inmediata, que servía de sala al restaurant. Rouletabille estaba pronto a morir; pero no quería morir de hambre.

Estaba instalada una mesa en el hueco de una ventana abierta en el muro, y que daba a la entrada de la bahía. No podía estar mejor situada, y con la mirada tan pronto fija en el horizonte como en la próxima embocadura del río, empezó a comer melancólicamente. Sentía inmensa piedad de sí mismo.

—Sin embargo—decía para su capote,—dos y dos siempre son cuatro. Pero ¿habré olvidado en mi cálculo lo absurdo? ¡Ah! Hubo un tiempo en que no hubiese olvidado nada. Y sin embargo, no he olvidado nada ahora tampoco, si Natacha es inocente.

Habiendo rebañado limpiamente su plato de *tchi*, dió un fuerte puñetazo sobre la mesa, y dijo:

—¡Es inocente!

En esto se hallaba de sus reflexiones, cuando se abrió la puerta. Rouletabille creyó que entraría el patrón de la *touba*; pero era ¡Kuprian!

Se levantó profundamente sorprendido. No podía imaginar por qué misterio se encontraba allí el jefe superior de policía; pero en el fondo de su ser le regocijaba su presencia, porque, supuesto que se trataba de arrancar a Natacha de manos de los revolucionarios, Kuprian podía prestarle excelente concurso.

—¡Ah!—exclamó casi gozosamente.—¡No os esperaba! ¿Cómo va vuestra herida?

—¡Nítchevó! ¡No hablemos de eso! ¡No es nada!

—¿Y el General y...? ¡Ah! ¡Horrible noche! Y los dos desgraciados que...

—¡Nítchevó! ¡Nítchevó!

—¡Y ese pobre Ermolai!...

—¡Nítchevó! ¡Nítchevó! ¡Eso no es nada!

Rouletabille le miró detenidamente. El jefe de policía llevaba un brazo en cabestrillo; pero estaba limpio y reluciente como una pieza nueva de diez rublos, mientras que él, Rouletabille, estaba abominablemente embarrado. ¿De dónde salía? Kuprian comprendió y sonrió.

—¡Ah!—exclamó.—He tomado el tren de Finlandia, que es lo más limpio.

—Pero ¿qué es lo que habéis venido a hacer aquí, Excelencia?

—Exactamente lo mismo que vos.

—¡Bah!—dijo Rouletabille.—¿Vos también venís a salvar a Natacha?

—¿Cómo a salvarla? ¡Vengo a prenderla!

—¿A prenderla?

—Señor Rouletabille, en la fortaleza de San Pedro y San Pablo tengo un lindo calabozo que la espera.

—¿Vais a meter a Natacha en un calabozo?

—Por orden del Emperador, señor Rouletabille. Y si me veis aquí en persona, es porque Su Majestad desea que el asunto termine con la mayor corrección y lo más discretamente posible.

—¡Natacha en una prisión!—exclamó el repórter, que veía con espanto erizarse de obstáculos su camino.—¿Y por qué?

—Es muy sencillo. Natacha Feodorovna es la última de las miserables, y no merece piedad alguna. Es cómplice de los revolucionarios, e inspiradora de todos los crímenes cometidos contra su padre.

—Estoy seguro de que os engañáis, Excelencia. Pero ¿cómo se os ha ocurrido venir a estos parajes?

—Sencillamente, por vos.

—¿Por mí?

—Sí. Habíamos perdido todo rastro de Natacha; pero como vos también habíais desaparecido, pensé que sólo habíais podido dedicaros a buscarla, y que hallándoos a vos, tendría algunas probabilidades de dar con ella.

—Pues no he visto a vuestros agentes.

—¡Ah! Uno de ellos es el que os ha conducido aquí.

—¿A mí?

—Sí; a vos. ¿No habéis subido a una *telega*?

—¡Ah! ¿El conductor?...

—Exactamente. Le tenía citado en la estación de Sestroriesk; me ha indicado el sitio donde habíais bajado, y heme aquí.

El repórter bajó la cabeza, rojo de vergüenza. Decididamente, la siniestra idea de que podía ser responsable de

la muerte de un inocente y de todas las desgracias que la habían seguido le había privado de todos sus recursos. Ya lo reconocía. ¿A qué luchar? Si le hubiesen vaticinado que un día había de ser juguete de la suerte, Rouletabille se hubiera reído... en otro tiempo. ¡No, no! ¡Ya era incapaz de todo! ¡Él mismo era su más cruel enemigo! No sólo por culpa suya, por un abominable error suyo, Natacha se hallaba en poder de los revolucionarios, sino que, además, en el momento en que quería socorrerla, neciamente, estúpidamente llevaba a la policía al sitio donde podía apoderarse de ella. Era el colmo de la humillación. Kuprian tuvo piedad del repórter.

—¡Vaya! ¡No os afijáis tanto!—le dijo.—De todos modos, aun sin vuestro auxilio hubiéramos encontrado a Natacha. Gounsovski nos ha comunicado que esta noche desembarcaría en la bahía de Latchka en compañía de Priemkof.

—¡Natacha con Priemkof!—exclamó Rouletabille.—¡Con el hombre que ha introducido en casa de su padre a las dos bombas vivientes! Si está con él, Excelencia, es porque es su prisionera, y eso sólo bastará para probar su inocencia. ¡Doy gracias al Cielo por haberos enviado aquí!

Kuprian bebió un vaso de *votka*, se sirvió otro, y al fin se dignó expresar su pensamiento.

—Natacha es amiga de esa gente, y los veremos desembarcar mano a mano.

—Entonces, vuestros agentes no han descubierto las señales de la lucha que "esa gente" ha tenido que sostener en las orillas del Neva antes de apoderarse de Natacha.

—¡Ah! No son ciegos; pero en verdad la lucha era demasiado *visible* para que no fuera sencillamente *simulada*. ¡Qué niño sois! Comprended que la presencia de Natacha

en la quinta era demasiado peligrosa para esa encantadora joven después del frustrado envenenamiento de su padre y de su madrastra; y en el momento en que *sus camaradas* se preparaban a enviar al general Trebassof un lindo presente de dinamita... ¡*pajaost!*... se hace robar por ellos para aparecer como una víctima. ¡La cosa está muy clara!

Rouletabille levantó la cabeza.

—Hay algo mucho más fácil de imaginar que la culpabilidad de Natacha; y es la iniciativa de Priemkof vertiendo el veneno en el frasco del *votka*, creyendo que si el veneno no producía todos sus efectos, por lo menos le daría ocasión para introducir en la quinta su obsequio de dinamita en el bolsillo de los médicos que le mandarían buscar.

Kuprian cogió una mano a Rouletabille, y le lanzó a la cara estas terribles palabras, mirándole hasta el fondo de los ojos:

—No es Priemkof quien vertió el veneno, *porque no había veneno en el frasco.*

Al oír esta extraordinaria revelación, Rouletabille se levantó más consternado que lo había estado nunca en todo el curso de aquella espantosa campaña.

Si no había veneno en el frasco, fué vertido directamente en los vasos por una persona que se hallaba en el kiosco; y allí no había más que cuatro, los dos envenenados, Natacha y él, Rouletabille; y el kiosco estaba tan perfectamente aislado, que absolutamente ninguna otra persona que las que estaban allí podía haber vertido el veneno en la mesa.

—¡Eso es imposible!—exclamó.

—¡Y tan posible como es! El padre Alejo afirma que no hay veneno en el frasco, y debo añadir que el análisis que dispuse hacer en el acto le ha dado la razón. *No había*

veneno en la botellita que llevasteis al padre Alejo, y donde vos mismo habíais vertido el contenido del vaso de Natacha y del vuestro. Ni huellas de veneno en dos de los cuatro vasos. Sólo había arseniato de sosa en las servilletas manchadas de Trebassof y de la Generala y en los dos vasos donde habían bebido.

—¡Oh! ¡Es espantoso!—gimió el repórter atontado.— ¡Es espantoso, porque entonces el envenenador es... Natacha o yo!

—Y yo tengo en vos absoluta confianza—declaró satisfecho Kuprian, lanzando una carcajada y dándole golpecitos en la espalda.—Prendo, pues, a Natacha. ¿Qué tal? Vos, que sois aficionado a la lógica, debéis sentiros satisfecho.

Rouletabille no contestó una palabra. Volvió a sentarse, dejó caer la cabeza sobre las manos, y quedó como anonadado.

—¡Ah! ¡No conocéis a nuestras jóvenes! ¡Son terribles, terribles!—decía Kuprian, encendiendo un grueso cigarro.— ¡Mucho más terribles que los muchachos! En las familias acomodadas, los muchachos todavía se divierten; pero las jóvenes leen, se aturden la cabeza, están dispuestas a todo, no conocen padre ni madre. Es ocasión de decirlo. ¡Ah; sois un niño! ¡No podéis comprenderlo! Dos lindos ojos, un aire melancólico y una voz dulce bastan para seduciros, y creéis hallaros ante una muchacha inofensiva. ¡Guardaos de ella, Rouletabille; guardaos de ella! Para vuestra edificación, debo contaros una cosa. Era en el momento del atentado Tchipooff. Los revolucionarios que debían ejecutar a Tchipooff estaban disfrazados de cocheros y comisionistas. Todo se había preparado cuidadosamente, y parecía que a nadie se le ocurriría buscar las bombas donde se hallaban ocultas. Pues bien;

¿sabéis dónde estaban las bombas? En casa de la hija del gobernador Wladimiro. ¿Qué os parece, amigo mío? En casa de la propia hija del gobernador; en casa de mademoiselle Alexeiew. ¡Ah; estas muchachas! Por lo demás, esa misma Mlle. Alexeiew fué quien tan gentilmente abrasó el cerebro a un honrado negociante suizo que tenía la desgracia de parecerse a uno de nuestros ministros. Si se hubiera ahorcado antes a aquella encantadora joven, mi querido señor Rouletabille, habría podido evitarse esta última desgracia. Creedme: el mejor, el único recurso, es echar una buena cuerda al cuello de todas esas hembras.

En aquel momento entró un hombre. Rouletabille reconoció en él al conductor de la telega. Cruzáronse algunas rápidas frases entre el jefe y el agente, el cual cerró las ventanas de la sala, por cuyos intersticios se podía ver lo que pasaba fuera. Luego salió el agente, y Kuprian separó la mesa que se hallaba cerca de la ventana, y dijo al repórter.

—Haríais bien si os acercarais a la ventana. Mi hombre acaba de decirme que llega el *cúter*. Podréis asistir a un espectáculo interesante. *Estamos seguros* de que Natacha se encuentra todavía a bordo. Después de la explosión de la quinta, el barco se reunió con una lancha tripulada por dos hombres, y después entró en el golfo. Aquí y en Finlandia habíamos tomado nuestras precauciones; pero es aquí donde van a intentar el desembarco. ¡Atención!

Kuprian había tomado su puesto de observación. La tarde declinaba lentamente; el cielo era de color gris oscuro, que se mezclaba con la tinta pizarrosa del mar, el cual moría dulcemente en la ribera. A lo lejos se divisaba una vela. Entre la playa y la *touba* donde Kuprian espía, había un gran promontorio que no ocultaba al prefecto la ribera ni la bahía, porque desde el punto de vista

donde se hallaba situado, su mirada pasaba por encima de él; pero desde el mar aquel promontorio ocultaba perfectamente lo que pudiera disimularse detrás. Echados boca abajo y trepando lentamente hacia la cima, se percibían cincuenta *mujiks*, los cuales en todos sus movimientos obedecían a dos de ellos, que sólo sacaban la cabeza por encima de aquella eminencia del terreno. Siguiendo la mirada de las dos cabezas, inmediatamente se descubría la blanca vela, que había aumentado considerablemente de tamaño. La barca, inclinada sobre el gua, deslizábase con elegancia, llevando la proa en dirección de la bahía. De repente, en el momento en que hubiera podido creerse que iba a tomar disposiciones para entrar en ella, cayeron las velas, y el *cúter* echó un bote al agua. Cuatro hombres descendieron, y luego una mujer saltó a él alegremente desde una escala. Era Natacha. No obstante la poca luz que flotaba sobre las aguas, a Kuprian no le costó ningún esfuerzo reconocerla.

—¡Ah, mi querido señor Rouletabille!—dijo.—¡Ved a la prisionera! ¡Observad cómo la han amarrado! ¡Ciertamente, las cuerdas le hacen daño! ¡Cómo podrán tratar así a una joven de la aristocracia! ¡Verdaderamente, estos revolucionarios son unos brutos!

Lo cierto es que Natacha se había puesto muy libremente al timón, y mientras los otros bogaban, dirigió la ligera embarcación hacia un punto de la playa que sin duda le habían indicado de antemano. Bien pronto encalló en la arena la proa del barquichuelo. Parecía como si no hubiera un alma viviente en la ribera, de lo cual parecían hacerse cargo los hombres, que se mantenían de pie en el botecillo. Tres saltaron a tierra; luego le tocó el turno a Natacha, que aceptó el auxilio de los que la ayudaron, conversando muy amistosamente con ellos. Hasta

oprimió la mano de uno. La pequeña comitiva avanzó en la arena. Durante este tiempo los falsos *mujiks*, prontos a asaltar, se habían arrastrado hasta la cima del promontorio.

Detrás de la ventana, Kuprian no pudo reprimir un movimiento de gozo. Acaba de reconocer algunos rostros de los que formaban el grupo, y murmuró:

—¡Ah, ah! ¡He ahí a Priemkof en persona, y los otros! ¡Gounsovski tiene razón, y se ve que está muy bien informado! Decididamente, su sistema tiene algo de bueno. ¡Qué redada!

Y no volvió a decir palabra, en espera de lo que iba a pasar. Por el lado de la bahía, a ras del suelo, y ocultos tras los menores montículos, se veían otros falsos *mujiks*, y lo mismo hacia el bosque de Sestroriesk. El grupo de los revolucionarios, a quienes Natacha seguía libremente, se había detenido para parlamentar. Tres minutos más, dos tal vez, y quedarían rodeados, cercados, cogidos en el cepo. De pronto sonó un tiro en la noche que se cernía sobre la Tierra, y, desandando su camino, a toda prisa el grupo corrió silenciosamente al mar, a la vez que por todas partes surgían agentes, que se precipitaban, luchaban, y lanzaban gritos; pero gritos de rabia, porque el grupo ganaba terreno hacia la orilla. Se veía que Natacha, sostenida por Priemkof, rechazaba la ayuda del nihilista, que no quería abandonarla. Acabó por desasirse; viendo que iba a ser alcanzada, se detuvo, y estoicamente esperó al enemigo con los brazos cruzados. Entretanto, sus otros tres compañeros habían logrado llegar al bote, y ya empezaban a manejar los remos, cuando los hombres de Kuprian, sumergiéndose en el agua hasta el pecho, descargaron los revólvers en dirección de los fugitivos, los cuales, tal vez por temor de herir a Natacha, no respon-

dieron a los disparos. Cuando abordaron al *cúter* ya estaba dispuesto el barco, que bogó hacia el misterio de los *fiords* de Finlandia, izando atrevidamente en la popa la bandera negra de la revolución.



Entretanto, los agentes se amontonaban en la sala de la *touba*, temblando de miedo ante la cólera de Kuprian. El jefe de la policía dejó estallar su furor, y los trató como a los últimos y los más infames animales de la Creación. No bastó para calmarle la captura de Natacha. Había esperado mucho más, y la estupidez de sus hombres le hizo perder toda la sangre fría. Si hubiera tenido un látigo en las manos, habríase consolado con más facilidad. Natacha, de pie en un rincón y con aire singularmente tranquilo, miraba aquella extraordinaria escena de casa de fieras, en que el mismo domador parecía convertido en una bestia rabiosa. En otro rincón Rouletabille contemplaba a Natacha, que no parecía haber notado su presencia. ¡Ah; qué rostro tan impenetrable! ¡Para todos, para todos! ¡Aun para el que poco antes había creído leer en sus facciones, en sus ojos, cosas invisibles para los hombres vulgares! ¡Rostro impasible el de aquella joven, a cuyo padre habían intentado asesinar poquísimas horas antes, y que acababa de estrechar la mano de Priemkof, el asesino! Un momento volvió ligeramente la cabeza al lado donde estaba Rouletabille. El repórter dirigió hacia ella su rostro ardiente, y la abrazó con una mirada que le decía: “¡No es verdad, Natacha, que no eres cómplice de los asesinos de tu padre? ¡No es verdad, Natacha, que no eres tú quien ha vertido el veneno?”

Pero la mirada de Natacha se volvió sin cruzarse con la

de Rouletabille. ¡Oh! Aquella careta misteriosa y fría, aquella boca, que en tan trágico momento esbozaba una sonrisa extrañamente amarga e imprudente, parecía decir al repórter: "¡Si no soy yo quien ha vertido el veneno, has sido tú!"

Era la máscara bien conocida de las terribles doncellas de quienes hacía un momento hablaba Kuprian, de las *muchachas que leen*, y que una vez terminada la lectura se hallan dispuestas a ejecutar alguna cosa terrible, alguna cosa por la cual de tiempo en tiempo había que atar una buena cuerda al cuello de aquellas hembras.

Por fin Kuprian acabó de desfogar su ira, e hizo un signo. Los hombres salieron en temeroso silencio. Dos de ellos se quedaron para guardar a Natacha. Se oyó afuera el ruido de un coche que acababa de llegar de Sestroriesk, y que sin duda alguna iba a conducir a la joven a los calabozos de San Pedro y San Pablo. El jefe de policía hizo otro gesto, y las brutales manos de los dos guardias estrecharon las frágiles muñecas de la prisionera. La zarrandearon, la empujaron fuera, la estrellaron contra el muro, haciendo pesar sobre ella la rabia que los reproches del jefe habían despertado en ellos. Algunos segundos después el coche se alejaba, para no detenerse hasta llegar a las tumbas enmohecidas por las aguas del río, en las cuales se sepulta antes de morir a las muchachas terribles que han leído mucho, acaso sin haberlo entendido bien, señor Kropotkine.

A su vez, Kuprian se disponía a marchar. Rouletabille le detuvo diciéndole:

—¡Excelencia! Desearía saber la explicación de la cólera que acabáis de manifestar en presencia de esos hombres.

—¡Son unos brutos!—exclamó el jefe de policía, otra

vez fuera de sí.—¡Me han estropeado la mejor emboscada de mi vida! ¡Se han echado sobre el grupo dos minutos antes de lo debido! Uno de ellos soltó un tiro, que los otros tomaron por una señal, y que sólo ha servido para prevenir a los nihilistas! ¡Pero los dejaré pudrirse a todos en una mazmorra, hasta que sepa quién es el que ha disparado!

—Pues no busquéis más—dijo Rouletabille.—He sido yo.

—¿Vos? ¿Habíais salido de la *touba*?

—Sí; *para prevenirlos*. ¡Pero disparé demasiado tarde, supuesto que habéis cogido a Natacha! Los ojos de Kuprian lanzaban llamas. —¡Sois su cómplice!—exclamó furioso.—¡Ahora mismo voy a pedir al Czar *permiso para arrestaros!* —Daos prisa, Excelencia—

respondió friamente el repórter,—porque

los nihilistas, que también tienen

que arreglar conmigo una cuenta,

podieran tomaros

la delantera. Y

le saludó.